

Esquirlas y aguas contaminadas de luz

La suspensión de los objetos flotantes

TANIA GANITSKY

Cardumen, Bogotá, 2020, 46 pp., il.

A VUELO de pájaro, me estrellé contra algo traslúcido pero sólido, como una ventana. Y es que es fácil caer malherido como un ave que no ve un vidrio, si lo que se tiene entre manos es un poemario y sobre todo uno tan particular como *La suspensión de los objetos flotantes* de Tania Ganitsky, publicado por Cardumen Libros en una bella edición profusamente ilustrada por Ana María Lozano. Y es que es fácil terminar agradeciendo un libro como este.

Hace un par de años, la aparición de *Desastre lento* ya me había dejado asombrado, sin hablar de un recital de poesía en la Pontificia Universidad Javeriana en que pude escuchar a la poeta misma leer algunos de sus poemas. Tenía grandes expectativas con este nuevo libro y sin duda, por eso, esa primera lectura me desconcertó. Ganitsky es especialmente hábil, como ya resulta notorio en sus libros anteriores, creando imágenes breves de una inquietante belleza. La misma poética de la evocación en pocas palabras se mantiene en esta nueva colección de poemas que dispone todo un paisaje de miniaturas o fragmentos en verso libre o prosa poética, libres también de rima. Lo que sin duda parece relevante señalar es que con ambos poemarios más vale disponer de tiempo y paciencia para sentarse a explorar, a leer y a releer, porque como sucede con los haikús o con algo de lo mejor de Emily Dickinson: tras palabras de apariencia discreta e incluso anodina laten imágenes, evocaciones y reflexiones brillantes.

El poema que abre el libro, “Solaris”, da una clave importante que a mi juicio es uno de los intertextos más interesantes de la obra: los mundos posapocalípticos de Andréi Tarkovski.

Además de matar el ángel del hogar, como aconseja Virginia Woolf, una escritora también tiene que ser como el mar pensante de Solaris, que es capaz de simular lugares y fantasmas, de crear cualquier figura

o imagen para mantener una órbita estable...

El poemario inicia así con una declaración que engloba la creación, por parte de la poeta, de un mundo que surge paulatinamente en las siguientes páginas, uno donde coexisten un tono lírico más bien contenido y personajes o símbolos que evolucionan y se reflejan por ecos. Por ejemplo, entre los primeros fragmentos hay una mención anfibia:

Las ranas
desenrollan la lengua
y atrapan imágenes
en el primer intento.

Cuartilla a la que responden dos tercetos en que la poeta —o la voz poética que habla allí en primera persona— apropia esta capacidad, “pero después / de varios intentos / o a veces por error”. Y sin embargo, hacia el final del libro, otro poema retoma esta misma metáfora. Para mí es el más potente de los fragmentos del libro:

En una vida pasada croé junto a
un pozo donde los caballos se acercaban
a beber agua contaminada.

Parece una metamorfosis que se ha dado fuera de nuestro campo de visión tras las páginas llenas de reverberaciones y ecos: en estos poemas, el libro es un brillante testimonio de la tradición poética del verso libre y la miniatura que abre otros mundos posibles, otros modos de ver. Vale la pena agregar que la ilustración de este poema es especialmente bella. En líneas de un rojo vivo aparece la superficie de un lugar a medio hacer, insinuado apenas por unos trazos curvos como cordones, ramas o gusanos; en el extremo izquierdo, hay un automóvil modesto y abandonado sobre el que crece una enredadera, paisaje que recuerda las hermosas y no por ello menos inquietantes ruinas que componen la escenografía de la película *Stalker* de Tarkovski. Es más, durante la lectura me pareció que asistía a un recorrido como ese filme: siguiendo a la voz poética como si fuera ella un *stalker* a través de un camino que cambia a cada paso, entre objetos y cuerpos de agua, acompañado por las historias que habitan su memoria, por su conocimiento de esa geografía extraña que rodea la zona.

El libro entero está diagramado — en un papel agradable y de apariencia durable— de un modo que refuerza los sentidos propuestos desde el inicio en su contenido: los poemas aparecen sobre páginas enteras de color y en distintas disposiciones respecto a las ilustraciones que los acompañan. En esta línea, el trabajo editorial de Alejandra Algorta merece ser resaltado. Se trata de una apuesta lúcida por la temática del libro, sugerida desde el título mismo. Uno percibe una consistencia en la propuesta, incluso la paleta de colores que compone la portada es la misma que se despliega más adelante. Con excepción de un poema en tinta índigo sobre página negra, difícil de leer, el resultado es potente; estas elecciones de diseño no quedan como un mero ejercicio esteticista sino que son un verdadero modo de desbordar las convenciones dadas sobre la materialidad del libro como soporte blanco para letras negras y la gratuidad de tantas ilustraciones reducidas al acompañamiento del texto. ¿Cómo no pensar en todo un potencial desplegado por el objeto a la luz de sus propias palabras?

Te prometo que este poema será
luminoso.
Empezará trepándose por las
paredes,
Después rebotará con las ondas de
sonido
Y se deslizará por el espacio.
Terminará posado en un objeto
flotante
Atraído por la luz que lo suspende.

Cabría esperar que este libro sirva de ejemplo para promover propuestas editoriales que opten por pensar mejor la materialidad del libro y la página, que no solo se arriesguen a otras formas de disponer el texto y usar el color o la ilustración a la luz de los contenidos que presentan. Porque termina la lectura y queda una sensación, algo como el oleaje en el propio cuerpo después de abandonar el agua, sí, algo así queda con este poemario en que todo parece fruto de ese mar pensante que evoca la primera página y al que dan ganas de volver, para leer o solo para ver, para estar en él, entre los cuerpos que flotan, los recuerdos cambian y los sueños parecen tomarse con su plasticidad el texto entero.

Jorge Francisco Mestre